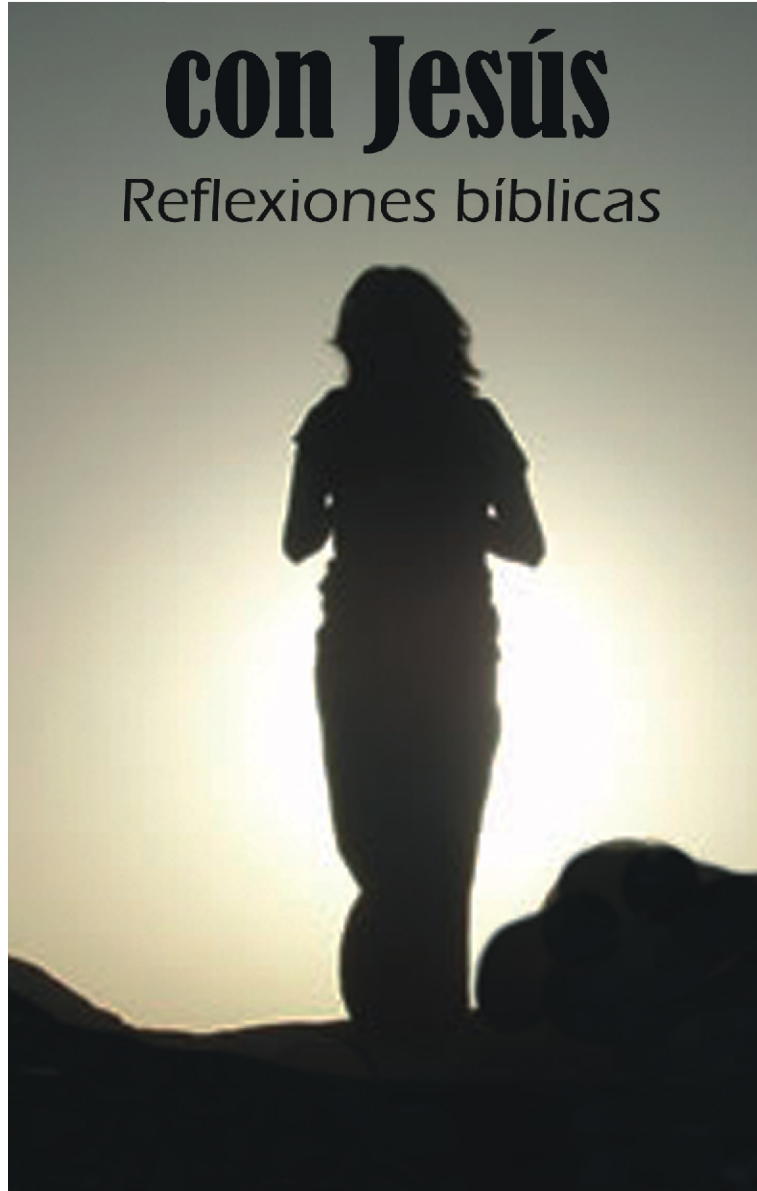


Kelit Pérez

A solas

con Jesús

Reflexiones bíblicas



Kelit Pérez. Nació en Perú. Por más de cuarenta años ha dedicado su labor pastoral al acompañamiento de mujeres. Ha sido dirigente de las mujeres de las iglesias evangélicas del Nor Oriente peruano y de las mujeres de la Iglesia de los Peregrinos. Su experiencia en la pastoral de la mujer migrante, en la Argentina, la llevó a fundar Ministerios Lidia, un ministerio dirigido a las mujeres jóvenes que migran de de las provincias del Perú a la ciudad de Lima. Realizó estudios de Teología en el Seminario Evangélico de Lima, de educación en la Universidad de la Plata, en Argentina. Actualmente es asesora de las mujeres presbiterianas en la región de Valparaíso, Chile.



A solas con Jesús

Reflexiones bíblicas

Kelit Pérez

A solas con Jesús.

Reflexiones bíblicas.

Copyritgh Kelit Pérez

Diseño gráfico: Jackeline Castillo

Santiago de Chile.

Enero del 2009

Contenido

| | |
|---|----|
| Prólogo | 5 |
| Los ríos de agua viva | 9 |
| Jesús también lloró | 15 |
| Mujeres justas que florecen como la palmera | 19 |
| Fructificando aún en la vejez | 27 |
| La espiritualidad del retorno | 31 |
| Cuando el amor huele a vida | 35 |
| La poesía del camino | 39 |
| El barro en manos del alfarero | 43 |
| Dios entrando a nuestra historia | 47 |

Prólogo

La vida cristiana cobra sentido en nuestro permanente encuentro con Jesús. Seguir sus pisadas implica pensar, vivir, amar y soñar la vida desde las lógicas de su reino, desde las implicancias éticas de nuestra espiritualidad cristiana. Sólo encontrándonos con El en el camino es posible entender no sólo sus propósitos para nuestra vida sino su proyecto de vida para la comunidad en el que vivimos.

En ese sentido, las reflexiones bíblicas consignadas en las páginas de esta publicación nos invitan precisamente a revisar y refrescar nuestra fe cristiana y nuestra vida espiritual a la luz de inspiradores pasajes de la Biblia. Encuentro dos aspectos que las reflexiones de Kelit nos animan a pensar respecto a nuestra espiritualidad en este tiempo.

Primero, una espiritualidad basada en un encuentro cotidiano con Jesús, que implica reconocernos discípulos comprometidos con su Reino. Cada uno de los estudios bíblicos que ella comparte con nosotros nos invitan a vivir la

fe en la lógica de ir cada día tras los pasos de Jesús pero sin despegarnos de la realidad y sin alejarnos de las rutas en las que damos testimonio del amor de Dios. Es esta aquella espiritualidad que no se convierte en una especie de paréntesis en medio de los compromisos cotidianos, sino en fuente de renovación y restauración para seguir en la ruta.

Segundo, una espiritualidad conectada con la esperanza. Las historias y referencias bíblicas que encontramos en estos estudios bíblicos nos invitan a encontrar en el proyecto de Jesús al Dios de la esperanza viva, que no se cansa de restaurarnos permanentemente, que no se resiste a animarnos a amar a los demás en la misma dimensión que él nos sigue amando, que continúa extendiéndonos su mano de amor y misericordia, y que nos sigue sosteniendo con su gracia y su poder.

En cada estudio bíblico encontrarán además inspiradoras palabras pastorales que nos animan a seguir abrazando incansablemente la fe cristiana y a vivir una fresca, renovadora y liberadora espiritualidad. Palabras pastorales que vienen de alguien que ha dedicado su tiempo por muchos años al quehacer pastoral y la tarea misionera sirviendo a gente sufriendo, pastoreando entre las mujeres y animando a muchas congregaciones en la tarea evangelizadora y el ministerio diaconal. Desde sus primeros viajes misioneros en la selva del Perú, allá por los años 70's, muchas mujeres han sido animadas y desafiadas por su inagotable pasión por seguir las pisadas

de Jesús y servir a la causa del reino de Dios.

Por todo ello, es para mi un placer enorme invitarles a leer estos estudios bíblicos escritos por alguien que, además de ser mi hermana, sigue siendo una gran compañera en la fe. Desde los tiempos de mi juventud, aprendí de ella a valorar el amor de Dios en cualquier circunstancia, a disfrutar del servicio a los demás, y a buscar constantemente la vida en comunidad.

Rolando Pérez
Boulder, enero 2009

Los ríos de agua viva

Juan 7:37-39- Isaías 55:1

El evangelio de Juan nos aproxima a un interesante pasaje del ministerio de Jesús. Lo encontramos aquí asistiendo a la fiesta de los Tabernáculos, en Jerusalén, la misma que consistía en una forma de celebrar la provisión de Dios en la cosecha pasada y expresar la confianza en un buen tiempo para la nueva cosecha. Jesús llega después de sus hermanos, pero participa secretamente, porque los judíos fariseos lo buscaban para probarlo.

En medio del alboroto de la fiesta y mientras la multitud intentaba entrar en el templo, Jesús se puso de pie y alzando la voz dijo: *ustedes a mí me conocen y saben de donde soy y que no he venido de mi mismo.* Aquel que me envió es verdadero, a quien ustedes no lo conocen. Y debo decirles que yo le conozco porque de El procedo y el me envió.

Palabras muy fuertes y directas de Jesús, porque los fariseos conocían la doctrina, eran religiosos, y por lo tanto conocían a Dios pero no estaban listos a confrontarse con El. Luego de escuchar su mensaje, entre la multitud muchos creyeron

en El. Pero los fariseos enviaron alguaciles, que eran sus seguidores, para prender a Jesús, quien los espera con estas palabras: *Me buscarán y no me hallarán y donde yo estaré ustedes no podrán venir*. Pero, los judíos no entendieron nada, estaban confundidos.

Si alguno tiene sed venga a mi y beba

En el último gran día de la fiesta, en que las tiendas, las enramadas, hacían también memoria del tiempo del pueblo de Dios en el desierto, Jesús se puso en pie por segunda vez y dijo: *El que tiene sed venga a mí y beba*.

Tener sed es una necesidad natural de la experiencia humana. Precisamente, vivimos en un tiempo en el cual el agua escasea en muchos lugares. Experimentar sed, en algunas circunstancias, puede tener fuertes implicancias en muchas áreas de nuestra vida. Pero, el mundo de hoy experimenta no solo sed física, sino también profundas sequedades espirituales que hacen que la gente no disfrute de una paz real.

Es interesante observar a mucha gente caminando en busca de cualquier medio o fuente espiritual para encontrar refugio o tranquilidad temporal. Esto revela la existencia de una profunda sed espiritual en el mundo de hoy, pero al mismo tiempo existe en nuestro tiempo un cada vez más creciente y diverso mercado de ofertas religiosas. En un contexto así es posible encontrar muchas voces

exclamando como la oración del salmista, quien en su desesperación, proclamó: *Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo y verdadero*.

Jesús invita a mujeres y hombres confundidos, desesperados, ansiosos a experimentar una nueva espiritualidad. El les dice: *Si alguno tiene sed venga a mí y beba*. En este mismo sentido, Jesús le dijo a la Samaritana: *Yo soy el agua viva; el que tiene sed venga a mí y beba*. El agua viva es símbolo de vida en el discurso de Jesús. Al aceptar y reconocer a Jesús como Señor y Salvador, nos permite vivir la experiencia marcada por su entrada en la historia de nuestras vidas, de nuestra sociedad, para transformar las culturas de muerte en experiencias liberadoras de vida.

Este es el gran acto liberador de Jesús en su propósito por saciar nuestra sed espiritual. Esta presencia viva de Jesús, nos predispone para fluir en obediencia con su Reino y compromiso con los demás, como ríos frescos, que hacen cauces, que nos permite dar y recibir amor allí donde hay tanto individualismo, y a construir paz en medio de las culturas violentas.

De su interior correrán ríos de agua viva

En la cabecera de los ríos hay una especie de lagunas que tienen una vertiente de agua, un manantial, que se convierte en riachuelo. Si aquellos manantiales se estancan

dejarán de tener vida, no serán mas agua viva, agua limpia y fresca. Jesús está hablando de un manantial espiritual con estas características. El está hablándonos de la idea de saciarnos con sus enseñanzas, su práctica y acto redentor. El encuentro liberador con Jesús nos permite precisamente experimentar el modo como estos ríos profundos fluyen en nuestra vida, que se traducen en el servicio, en la adoración y en el testimonio a través de los diferentes ministerios de la comunidad cristiana y en el quehacer de nuestra vida cotidiana, en espacios como el trabajo, los estudios, la comunidad o la familia.

Cuando era niña disfrutaba mucho de un río que pasaba por mi pueblo; cuando salíamos de la escuela corríamos al río, que usualmente era muy tranquilo, aunque torrentoso en tiempo de lluvia. Después vivimos con mi familia a cincuenta metros de aquel río, nos bañábamos allí, con nuestros niños a diario porque es una zona tropical.

Los años pasaron y llegó la tecnología y generó los monocultivos; inversionistas de otras regiones compraron terrenos y el Estado hizo reservorios, canales de regadío para la producción del arroz. El ecosistema se alteró, y el otrora torrentoso río se ha convertido hoy en un pequeño riachuelo lleno de inmensas piedras pero con poca agua, con mucha basura, maleza y desechos; la poca agua que corre se va estancando, porque lo demás discurre por canales de regadío artificiales. Sus orillas han perdido fragancia y vida, el olor de la basura le ha quitado su hermosura.

Así también nosotras y nosotros podemos terminar como aguas estancadas, que producen mucha tristeza y soledad. Esto ocurre cuando el Espíritu no actúa y deja de fluir en nosotros. El agua estancada va evaporándose, descomponiéndose, produciendo un olor a humedad. En la vida real esto se puede observar en nuestra actitud negativa a todo, en nuestra baja autoestima, en nuestra pérdida de relaciones y desconexión de aquello que esta a nuestro alrededor. En este sentido, cuando el Espíritu fluye como una corriente de agua fresca, es posible percibir su poder no solo cuando nuestra vida es restaurada, sino también en la sanidad de nuestra tierra (2 Crónicas 7:14).

Por otro lado, con frecuencia nuestra vida es asaltada por muchos temores y dudas que debilitan nuestra fe. Esto hace que nos cueste transformar la tristeza en gozo, el odio en amor y el egoísmo en servicio. Y es obvio que cuando estamos espiritualmente debilitados, no podemos tener agua viva y fresca para nuestra familia cuando la tempestad golpea.

Pero, es maravilloso experimentar que cuando nos quedamos secos y sedientos, sin hojas, sin flores y sin frutos, Jesús se acerca tiernamente y nos habla al corazón: En mí encontrarán vida; como un río, de vuestro interior correrán ríos de agua viva. Y cuando nos acercamos a El, aunque hubiere dificultades en nuestra vida, comenzaremos a tener paz, porque el actuar del Espíritu Santo será como un río que corre en nuestro interior, y podremos caminar

de bendición en bendición y bendeciremos a
nuestra familia y a nuestra comunidad. ■■■

Jesús también lloró

Juan 11:28-37

Cuando Jesús de Nazaret, el Emmanuel, Dios con nosotros, hizo su habitación aquí en la tierra, nos mostró en su vida y ministerio su divinidad pero también su humanidad. Jesús dio a conocer al mundo que siendo hijo de Dios tenía una misión, mostrarnos al Padre, el Dios de amor, que se propuso hacernos partícipes de su plan redentor.

Jesús creció en sabiduría, en gracia para con Dios y los hombres. Creció construyendo relaciones armoniosas. Hizo amistades entrañables, como es el caso de Lázaro y sus hermanas, vivió una vida familiar junto a sus hermanos y hermanas. Al comenzar su ministerio no solamente fue manifestando su carácter divino sino también sus profundas dimensiones humanas a través de sus reacciones, sus afectos, sus sentimientos, su sensibilidad ante la necesidad y el sufrimiento de la gente.

La Escritura da cuenta de muchos de los actos de Jesús que nos permiten percibirlo tan

divino pero tan humano a la vez. Acompañado de sus discípulos, se preocupó por dar alimento a la gente, sanar a los enfermos, perdonar los pecados, pero también se enojó con los mercaderes. En otros pasajes de su ministerio lo vemos compadeciéndose por la muerte del hijo de la viuda en Naín y llorando ante la muerte de Lázaro, (Lucas 1:80, Mr.6:3). En este último caso, Jesús sabía que Lázaro iba a resucitar, su muerte tenía un propósito, que creyeran que Dios le había enviado. Pero, aún así, El se muestra en su más alta dimensión humana, sintiendo profundamente el dolor y compartiendo personalmente el duelo de la familia.

La tristeza que trae la muerte ante la pérdida de un ser querido, el sufrimiento ante el desamparo, son experiencias que nos quebrantan en lo más hondo de nuestro ser. En cada sepelio, el duelo abre nuestro corazón, nuestras emociones; nuestros pensamientos se profundizan, nuestra voluntad no puede contener la emoción solidaria ante la pérdida de un ser mas querido. Jesús vivió esta experiencia y no se contuvo, lloró.

Qué decirles a nuestros amigos y a la gente que llora la muerte de un ser querido, si uno mismo está condolido. Los judíos presentes se dan cuenta de la sensibilidad de Jesús y con admiración decían: cómo amaba a su amigo, (11:37).

Jesús había llorado con María y los judíos, su espíritu se había estremecido y

conmovido (11:33, 38). Marta, salió a lamentarse ante Jesús porque él no había venido cuando le avisaron que Lázaro estaba enfermo. Es en esta circunstancia que Jesús puede percibir el sentimiento de abandono y desamparo que sentían aquellos que amaban a Lázaro.

Jesús siempre está en medio de nuestro sufrimiento, sufre y llora con nosotros, nos consuela, nos anima; es esta circunstancia cuando es posible percibir su divina y humana naturaleza; entonces podemos sentir y disfrutar de su profundo, indescriptible e incomparable amor.

Hace poco conversé con una amiga que estuvo pasando por una situación muy difícil. Ella me compartió que es en esta circunstancia tuvo un encuentro especial con Jesús. Me dijo ella: Sentí que El se identificaba conmigo, que se conmovía de mi sufrimiento. Fue conmovedor escucharla decir: “aunque mis amigos y mis familiares no comparten mi dolor pero Él está caminando conmigo porque me ama incondicionalmente, como amó a Marta, a su hermana y Lázaro. Esta es la gran verdad bíblica: Él nos amó primero. El nos sigue invitando a disfrutar de su amor, a compartirla con otros, aun en tiempos de sufrimiento, sabiendo que pronto y sorprendentemente experimentaremos su fresca y liberadora solidaridad, (11:5). ■■■

Mujeres justas que florecen como la palmera

Salmo 92:12-15

Los justos o las justas no solo sufren como lo enseña el relato de Job. Dios también lo/las recompensa de un modo especial. Entre las bendiciones posteriores al sufrimiento, Job llegó a tener tres hijas; la Escritura no menciona a los hijos, sino a las hijas: Gemima, Cesia y Karen. Dice la Biblia que no habían mujeres más hermosas que ellas en toda la tierra. Ellas fueron bendecidas con herencias entre sus hermanos, y esto es muy significativo ya que lo/as justo/as sufren en la esperanza de que al fin florecerán y darán frutos y se mantendrán fuertes y reverdecido/as.

La metáfora que estudiamos en este salmo está construida por dos árboles caracterizados por la altura y fortaleza que alcanzan: La palmera que se caracteriza porque da frutos y el cedro por aportar su fina madera.

Los árboles me traen muchos recuerdos de mi infancia, disfrutando del verdor y cultivando entre árboles en las chacras de mis padres y mis abuelos. Recuerdo las inmensas

palmeras de coco y la fortaleza del cedro. Recuerdo como me sorprendía el hecho de que las palmeras duren tantos años, son muy altas que no alcanzamos a ver su florecimiento; pero florecen y dan frutos.

Recuerdo a Don Serapio, un hombre hábil para subir a los cocoteros para coger los frutos y podar a estas inmensas palmeras. El tenía la costumbre de subir al cocotero más alto del pueblo. Luego, desde allí, enviaba sus mensajes de moralidad a la gente. Aquellos cocoteros eran de una altura tal que su voz podía ser escuchada por todo el pueblo.

Quienes hemos vivido en ciudades nos hemos tenido que contentar con un hermoso pero pequeño bonsái o algún ciprés diminuto. Estos árboles necesitan de mucho cuidado. Justamente, nuestra última palmera se nos murió por falta de agua, por los continuos viajes que teníamos que hacer.

La mujer justa ante la visión de crecer, florecer y fructificar

Este es un salmo de alegría, de alabanza al Señor que ha alegrado al pueblo con sus obras; es un salmo de cantos corales, acompañado por instrumentos de cuerdas como el arpa mayor (decaordio) y el arpa menor (salterio). De tonos fuertes y suaves acompañados con el arpa (1-4).

Por otro lado, este es un salmo de profunda reflexión en el Altísimo. Su alabanza se centra en Su misericordia [hesed] a pesar de

la infidelidad de su pueblo. En este salmo la fidelidad del Señor se engrandece al aumentar las fuerzas de su pueblo, y renovarle la esperanza de ser ungido con el aceite de una fresca bendición (2 y 10).

El salmista critica al inicuo e insensato, aquellos que brotan como hierba, se reproducen y florecen en la iniquidad. Al final, estos son destruidos por su temporalidad, por lo efímero de sus pensamientos. La poesía es sensible a esta realidad; además de evidenciar la maldad del necio e insensato, avizora que sus acciones de injusticia no tienen futuro. Es decir pone de manifiesto las implicancias de su maldad (5-9,10).

La poesía que consignamos en esta reflexión nos invita a mirar hacia el futuro, aquella en la cual Dios nos promete avanzar en lo que ya ha comenzado en nosotros. Asimismo, nos permite percibir aquella perseverancia de los santos un tanto más espontánea, más eficaz, más visible.

Es hermoso ver como entre la poesía y el canto emerge la alabanza del coro, las voces se elevan, después del tono suave (3b):

*Florece el justo como la palmera,
Crece como el cedro del Líbano.
Plantados en la casa de Jehová,
En los atrios de nuestro Dios florecerán
Aun en la vejez fructificarán,
estarán vigorosos y verdes,
para anunciar que Jehová
mi fortaleza es recto,
Y que en El no hay injusticia.*

En este último tiempo cada vez más se ha tomado conciencia de la belleza y las implicancias saludables de los árboles y de su importancia para nuestro ecosistema. Los estudios dan cuenta que el desarrollo saludable de la humanidad dependerá del cuidado de los árboles y del agua. Y es interesante encontrar en la Escritura aquella verdad que los árboles plantados junto a corrientes de agua son bendecidos con frutos a su tiempo, son fuertes y prosperan. Pero, esta idea tiene que ver con otra gran verdad, aquella de que el justo crece en justicia, como un esencial signo del reino de Dios. En la Escritura el justo es plantado en el espacio consagrado a Dios, debajo del cual corren ríos de agua viva, que llegan al estanque del que es enviado.

El crecimiento: una manera de estar ocupados *“La persona que se acomoda a la voluntad de Dios florecerá cuando crezca”*

La idea de crecer, como es el caso de las plantas, es más que un reflejo del contexto hebreo agrícola, es la visión de la vida, que busca hacer la voluntad de Dios, vivir conforme al proyecto de Dios, el mismo que avanza, que ha entrado en nuestra historia y crece desde una semilla manifestando los frutos del reino de Dios en cada fase.

Es interesante observar la figura femenina en “la palmera” y el masculino en “el cedro”, ambos en los espacios del templo, en los atrios de la casa de Dios, “plantados” allí. No son adornos ocasionales, como las modernas

plantas plásticas que compramos hoy. Están allí plantados o trasplantados, en la presencia de Dios, en los atrios, donde se reúnen los gentiles, las mujeres, los excluidos y excluidas, que buscan ajustarse a la voluntad de Dios.

La idea del salmo es que el objetivo del crecimiento tiene sentido en tanto que este sea para florecer. Lo interesante es que la flor de la palmera datilera, que inspira al poeta, apenas la divisamos por la altura, pero nos llama la atención cuando vemos ese especial color pastel anaranjado, aquella belleza que antecede al fruto. Las flores femeninas de la palmera aparecen en árboles separados. Es interesante notar que los hebreos usaban el nombre de Palmera (Tamar) para sus hijas. Por ello, la palmera es la inspiración del poeta, que ve en ella una estética especial.

Las Escrituras presentan esta dinámica del crecimiento y el florecimiento implícitamente en los siguientes aspectos del proyecto de Dios:

A) El reino de Dios que crece

La casa de Dios sintetiza un espacio y un tiempo de una constante experiencia con El, a través de diversas acciones: la adoración, el oír y comunicar la Palabra, el meditar en nuestros caminos, el presentar nuestras ofrendas. Asimismo, sintetiza la decisión de arrepentimiento, intercesión y gratitud ante el Dios que nos sorprende con su gracia y su poder. En ese sentido, no podemos crecer fuera de los espacios y los tiempos de estas expresiones de

nuestra espiritualidad, que nos introducen en ese reino que se ha acercado con Jesús de Nazaret (Marcos 1:15 y 4: 26-32).

El apóstol Pablo fue guiado por el Espíritu Santo para mostrarnos que ese reino ha llegado a habitar en nuestras vidas y en nuestra historia se caracteriza por los valores de la justicia, el bienestar (Shalom) y la alegría en el Espíritu (Romanos 14:17). Cuando el poeta salmista tenía esa visión del justo que florecería, está viendo también a aquel que vive y manifiesta la justicia redentora del reino de Dios, que justifica, libera de todo lo que se opone a la voluntad de Dios, (Romanos 3:26).

b) Estamos siendo transformados y transformadas a la imagen de Dios

Nuestro renacer está marcado por la conciencia de la presencia de Dios en nuestras vidas, aquello que la Escritura llama la manifestación de la gloria del Señor (II Corintios 3:18). El hecho de que todos seamos transformados, que vayamos más allá de la situación en que estamos, indica que avanzamos, crecemos, mejoramos, progresamos, nada menos que en la misma imagen del Señor, aquella que nos ha sido manifestada en Jesús de Nazaret.

El nos ha dado a conocer al Padre y nosotros damos a conocer a Jesús, porque tenemos el “espíritu de Cristo” (Romanos 8:9). Como si miráramos a un espejo nos vamos dando cuenta que estamos cambiando, es decir tenemos vida, crecemos, estamos plantados y

ocupados en las tareas del Reino y nuestra vida se va acomodando a sus valores, a la justicia, la paz, el Gozo en el Espíritu. ■■■

Fructificando aún en la vejez

Salmo 71

La persona que se acomoda a la voluntad de Dios fructificará aún en la vejez.

¿Cuántos años viven las palmeras y los cedros?, ¿Cuántos años los vio el poeta en los atrios del templo, cuántas veces los vio reverdecer?. Quien ve la vida y construye un estilo de vida desde su espiritualidad, dice el proverbio, “reverdecerá como las ramas” (Proverbios.11:28). Qué implicancias tiene para los cristianos y cristianas crecer, florecer, fructificar y envejecer?.

Cuando vivíamos en el Seminario, durante nuestros estudios teológicos, siempre me llamaba la atención una inmensa palmera que florecía al frente de nuestra habitación; tenía ya buenos años. Siempre me impresionaba ver que luego de ser cortada y aun derribada, siempre reverdece nuevamente. Ella se resistía a morir, pero al fin decidieron sacarla. Sin embargo quedaron los gratos recuerdos en mi mente de lo vigorosa y grandiosa que fue, como

los vientos la arqueaban, pero ella se mantenía allí plantada, y no se caía. Sus sombras, sus flores, sus frutos fueron parte también de nuestra historia estudiantil.

En este salmo los árboles plantados permanecen en el atrio, aún envejecidos, como si peinaran canas. Ellos simbolizan aquel anuncio de que Dios es recto, justo, y la fortaleza de su pueblo (v.3). El poeta salmista expresa esta profunda convicción y emoción, declarándolo: ¡¡¡él es mi fortaleza!!!

Esta no es, por cierto, una declaración académica o intelectualista; es más bien una expresión de la vivencia cotidiana, vigorosa, permanentemente reverdecida, en medio de los achaques de la edad. Bien dice la Escritura: “aunque nuestro ser exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva cada día” (II Corintios 4:16) y sigue fructificando, por la obra del Espíritu santo, que se traduce en amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, y dominio propio (Gálatas 5:22). Con mucha razón Jesús dijo a sus discípulos: *aquel que permanece en mí y yo en él, este llevará muchos frutos, porque separados de mí nada pueden hacer* (Juan 15:5).

Experimentar la permanencia de Jesús en nosotros es una de las experiencias más enriquecedoras de nuestra vida. En las situaciones de adversidad, calamidad, desastre, pérdida nos asaltan aquellas voces de nos hacen dudar de la justicia de Dios, y nos inunda la idea de un Dios indiferente a las acciones injustas del ser humano. Sin embargo, esto no es lo que la

Biblia enseña: Dios limpió los ojos para ver el mal, cuando el impío intenta destruir al más justo que él (Habacuc 1:13). La promesa de Dios es que él intervendrá. Esta es una reiterada verdad dirigida especialmente para aquellos que caminan diciendo en su corazón: Dios ni hará bien ni hará mal (Sofonías 1:12).

El apóstol Pablo nos recuerda que El justifica al que es de la fe en Jesús. Y esta es una gran verdad, porque en Jesús el mundo en que vivimos tiene sentido. Y aquellos que hemos decidido seguir al Maestro de Nazaret, sabemos que Dios que nos encamina a acomodar nuestra vida a su voluntad, nos ajusta a su proyecto liberador, de reunir todo en Cristo, ante quien ha de doblarse toda rodilla en el cielo y en la tierra, reconociéndole y confesándole como Señor para la gloria de aquel que es verdaderamente justo, el que justifica, libera, sana toda dolencia y construye un mundo lleno de alegría y esperanza. ■■■

La espiritualidad del retorno

Jeremías 8:4-7

Cuando los hombres y mujeres del pueblo de Dios abrazaron el engaño y no querían volverse a Dios, el sensible profeta Jeremías recibió palabra de Dios: No hay hombre que se arrepienta de su maldad y que diga: '¿Qué he hecho?'. Cada cual se ha vuelto a su carrera, como caballo que arremete en la batalla. (v. 6)

Jeremías había sido llamado por Dios para denunciar todas las inmoralidades del pueblo que solo buscaban su bienestar, y satisfacer sus propios deseos; actuaban con injusticia hacia el prójimo y el extranjero, el huérfano y la viuda. Este era aquel pueblo que en algún momento se humilló delante de Dios y había prometido obedecerle y honrarle, amarle solo a El. Pues ahora le daba las espaldas, con sus actitudes negativas, muchas veces tratando de aparentar con sus vanas oraciones o sus efímeros rituales en el templo. (7:4.)

Pero Dios que no tolera la maldad, manda un mensaje al pueblo para advertirles que si no vuelven a El, derramará su ira sobre

ellos. Esta advertencia va junto con la misericordia divina; el mensaje clama diciendo: escuchen la voz de Dios antes que sea tarde. Es mas, en el cap. 8:4-7 encontramos una interesante metáfora: Aun las aves aguardan el tiempo de su retorno. La Escritura revela así cuan importante es el retorno a Dios cuando por diversas circunstancias nos hemos alejado de Dios.

El tiempo de retornar para las aves migratorias es algo esperado; cambia el clima y el medio ambiente; entonces es un anuncio para el tiempo de volver. La Grulla de Canadá, por ejemplo, inverna a cuatro mil kilómetros en México. La Cigüeña de España migra más de diez mil kilómetros, igualmente la Golondrina por el invierno, pero vuelven en el verano.

A cuantos kilómetros de Dios estamos viviendo. Muchas veces, el trajinar, la intensidad de la vida no nos permite detenernos un momento para pensar en la dimensión del retorno en el contexto de nuestra espiritualidad. Cierta cultura de la religiosidad nos ha hecho pensar que estamos bien con nosotros mismos y Dios. Pero muchas veces nuestras actitudes de injusticia, falta de amor, insensibilidad frente al sufrimiento humano, que no son sino consecuencias de nuestra desobediencia a Dios nos ha alejado de su presencia.

En estas circunstancias, es el momento del retorno, es el tiempo de volver a Dios antes que sea tarde. Recordemos las aves migratorias que retornan a su ambiente natural, de bienestar, de gran bendición. Dios quiere que

cada uno de nosotros y nosotras, si estamos lejos de su presencia, volvamos a El, en actitud de arrepentimiento y obediencia a su Palabra. Nuestra vida siempre estará más firme y segura bajo su sombra, en el marco de sus propósitos, en el ambiente que él ha construido para ti. ■■■

Cuando el amor huele a vida

1 Juan 4:16-18

Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. ... Dios es amor y el que permanece en amor, permanece en Dios y Dios con él.

Cuando era niña, recuerdo una clase en la que la profesora nos preguntó: Qué es el amor?. Hubo una respuesta espontánea de una de mis compañeras: Amor es el pan de la vida. Esta es justamente el verso de una canción popular. Fue una contestación apresurada, inesperada, ocurrente que a todos nos causó mucha gracia porque sabíamos que esa respuesta era extraída de aquella canción. De cualquier modo, era una respuesta atinada y con mucho significado, porque efectivamente esta idea del amor como un sentimiento que alimenta la vida, que sustenta nuestro ser está presente en la realidad del ser humano.

Cuando nosotros reflexionamos desde el enfoque bíblico y teológico comprendemos que ese amor, que es como el pan de vida, sólo puede venir de Dios, porque Dios es amor. Fuimos creados con propósitos especiales, que

hace que en esencia el ser humano pueda vivir la vida en amor. Cuando Dios le dijo a su pueblo con amor eterno te he amado le habló de aquel amor que no tiene límites. Precisamente el proyecto de Dios para nuestra vida está sustentado en ese amor, que se evidencia no solamente en los momentos de triunfos o de prosperidad, sino también en tiempos de dificultad.

Dios está permanentemente mostrándonos su amor; la prueba más desafiante e inspiradora es aquel momento de la historia cuando él decide enviar a su Hijo para morir en lugar nuestro, y así hacer posible el perdón, devolviéndonos la vida para ser partícipes plenamente de su amor. Es por ello que Dios nos pide que no abandonemos ese amor, que sustenta nuestra vida.

Permanecer en ese amor implica una forma de resistencia a aquellos valores que destruyen nuestra dignidad humana. Este es el tipo de amor que inunda nuestra vida en el momento en que decidimos seguir los caminos y el proyecto de Jesucristo. En esta circunstancia, nuestro corazón, nuestra mente, nuestros sentimientos y decisiones están inundados de su amor. Pablo dice que este amor de Dios se impone en nuestra vida, nos constriñe, e inunda nuestra existencia. Entonces sólo cuando experimentamos el amor de Dios de este modo, es posible entender el sentido recíproco del amor cristiano. Permanecer en ese amor muchas veces nos cuesta, porque nos es mucho más fácil recibirlo que darlo.

Cuando pasamos por diversas situaciones difíciles creemos que nadie se preocupa por nosotros, sentimos angustia, rencor, nostalgia, incluso llegamos a desesperarnos y hasta pensamos que Dios se ha olvidado de nosotros. Sin embargo Dios con su expresión de amor está permanentemente junto a nosotros, mirando solidariamente no solo nuestras tristezas y nuestra desolación sino también aquellas dudas que a veces nos desvían hacia la autosuficiencia.

Dios entiende profundamente las razones por las que muchas veces tenemos la tendencia a considerarnos fuertes, o somos tentados por la arrogancia y el orgullo, y le huimos a los afectos.

El apóstol nos dice en el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor. Que fácil es leer estas frases, que difícil es hacerla realidad en nuestra vida, especialmente en los momentos en que es comprensible que el temor nos angustie. Estos días mi hijo Josué me decía: “Mamá, Dios tiene que sanar primero nuestros temores”. Esta es una gran verdad. Al encontrarme nuevamente con este pensamiento, le pedí perdón al Señor por mis temores, y que me ayudara para seguir confiando en que su amor sustenta mi vida inmejorablemente. Luego, liberándome del temor experimenté un sentimiento de confianza y la manera como la Palabra del Señor se manifestaba como una luz en la noche oscura en medio de mis angustias.

Si su amor sustenta nuestras vidas, el

temor no va a remecer nuestros cimientos. Todos nosotros hemos experimentado temores en nuestra vida, que muchas veces nos han llevado a buscar soluciones ligeras o consejos equivocados. Pero gracias a Dios que tenemos su Palabra para recibir su consejo directamente y actuar sabiamente, entendiendo su voluntad y las muestras de su amor, que se traducen en afecto, seguridad y cuidado en medio de la angustia. ■■■

La poesía del camino

Salmo 119

El poeta del salmo 119 recurrió a la metáfora del camino para hablarnos del sentido de la vida en la cual transitamos. Refiere este hermoso poema que unos son nuestros caminos y otros son los del Señor (3).

Meditar y considerar los caminos del Señor, produce alegría (15). La soberbia hace desviarse de los caminos del Señor (21).

El poeta trasluce una experiencia de sinceramiento: “mis caminos te he manifestado, y no alcanzo a entender el camino en el que me guías, ayúdame” (26-27).

En la angustia y la ansiedad, me he apegado a tu palabra, he escogido el camino de la verdad y quiero correr en ese camino, bajo tu guía (29,32).

Avívame en tu camino, confirma tu palabra, vivifícame en tu justicia y andaré en la libertad, que he buscado tras duro caminar, aún por tierras y parajes extraños (37, 40, 45, 54).

*Desandar el camino y volver al punto de partida
y caminar seguro incluso en compañía de impíos,
pero soy compañero de los que hacen tu voluntad
(59-61).*

Desandar el camino puede ser humillante, al confrontarnos con los soberbios, aquellos que tratan de desviarnos del camino, pero nosotros nos mantendremos firmes y fieles guardando su palabra y nos regocijaremos en El. De este modo, Dios nos libraré y nos llevará de victoria en victoria. Este es un aprendizaje de buen sentido y sabiduría que se produce no solo en nuestra relación personal con Dios, sino fundamentalmente en la experiencia del reencuentro con la comunidad que sigue al Señor y ama la verdad, porque, como dice la escritura, es hermoso alegrarnos juntos, con aquellos que en su palabra hemos esperado (66, 67,71,79).

En nuestro caminar nos encontramos con “hoyos cavados” a propósito, algunos son trampas como aquellas que se construyen para atrapar animales, otros están puestos para hacernos tropezar y derribarnos (85, 87). Y no faltan aquellos que se construyen a modo de emboscadas para impedir nuestro avance y destruirnos (95).

Como dice el salmista, es en la obscuridad del camino, en la noche oscura del alma, en medio de los caminos de falsedad cuando necesitamos que el Señor “ordene nuestros pasos” y nos enseñe el camino por donde El quiere que andemos, porque sus

caminos son rectos e inseparables, como los rieles. (113-114, 123, 128, 133, 135,138, 150, 157).

Que hermoso es el momento cuando nos damos cuenta que estamos en los caminos seguros de Dios, que son caminos de verdad y no de falsedades, de amor y no de odios, de misericordia y no de envidias, de justicia y no de iniquidad, de paz y no de perturbaciones. Que Dios nos ayude cada día a discernir para encontrar el camino aquel en donde nos encontramos con aquellos que confían en Dios y le obedecen, que aman la justicia y la verdad, que se gozan en el amor y el servicio. ■■■

El barro en las manos del alfarero

Jeremías 18

...Levántate y vete a casa del Alfarero y allí te haré oír mis palabras.

Y descendí a casa del alfarero y he aquí que él trabajaba sobre la rueda. Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano, Y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla. Entonces vino a mí palabra de Jehová diciendo.

¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, casa de Israel? , dice Jehová. Así como el barro en la mano del alfarero. Así sois vosotros en mi mano.

Sin duda que son hermosas las imágenes de esta metáfora. Cuando Jeremías recibió esta palabra de Dios, él estaba triste por el pueblo de Judá, por la rebeldía de ellos. Como castigo Dios permitió que Babilonia tomase a Judá y los llevase cautivos por largos años, toda una generación. Antes de que sufrieran este desastre, Jeremías había denunciado al pueblo, a

los sacerdotes y a los príncipes por sus pecados, especialmente referido a la idolatría. Pero ellos siguieron en su rebeldía, porque habían perdido la confianza en Dios y su visión de seguir siendo un pueblo bendecido por El.

Jeremías fue guiado a profetizar un nuevo pacto entre Dios y su pueblo, que no estaría escrito en una piedra sino un pacto de amor y fe, escrito en el corazón. Esto reanimó a Jeremías, en medio de su tristeza por el pueblo. Dios le dijo que le daría otra oportunidad al pueblo de Israel. Y le envió a decir: Así como el barro en la mano del alfarero así son ustedes en mi mano (v.6).

El perfecto alfarero

Estar en las manos de un Dios todopoderoso significa que somos la vasija que Él va construyendo dándole forma y estilo como una obra de arte. Cuando el alfarero toma el barro comienza dándole forma a la base de la vasija y luego poco a poco va forjando el cuerpo para el volumen necesario, luego va cerrando la cavidad, dándole una salida para construir lo que vendría a ser el cuello; finalmente trabaja cuidadosamente en los bordes. Pero allí no termina su obra; el alfarero hábilmente trabaja sobre el acabado final, incluyendo algunos adornos adicionales. El soporte giratorio, le permite al alfarero perfeccionar su obra de arte.

El artesano va trabajando y pensando, seguramente, en la utilidad de su artesanía o en diferentes modelos para otros usos. En aquellos

tiempos usaban las vasijas para poner agua, aceite, perfumes, medicinas, semillas, como alcancía; cada vasija, cada cántaro, cada cerámica tenía una utilidad especial. De la misma forma, podemos decir que Dios no construye en serie, el trabaja de manera particular con cada “vasija” porque él tiene un gran plan para cada uno de sus hijos.

Jeremías es enviado a la casa del alfarero para entender la grandeza del poder y de la bondad de Dios manifestada en la vida de su pueblo, al retornarlos a su comunión, al restaurarlos, al rehacerlos un pueblo especial. El, como el alfarero, los tomó como barro que se caían y los levantaba, los sostenía hasta que fueron moldeándose para ser ese pueblo especialmente escogido por El.

En ese mismo sentido, El tiene un plan especial para nosotros y nos va moldeando para ajustarnos al proyecto de su reino. La vasija no se terminó al darle la forma a nuestra vida. Pero, El sigue trabajando en nosotros. Su toque artístico es posible apreciar cada día en muchas áreas de nuestra vida.

Muchas veces entristecemos al alfarero cuando intentamos dirigir nuestras vidas por nuestro propio criterio. En este propósito, en más de una ocasión nos autodestruimos. Es en estas circunstancias cuando el alfarero perfecto vuelve a restaurarnos, a recrearnos. Por eso, esta simbología es hermosa si pensamos en la maravillosa obra de Dios, nuestro creador, en cada uno de nosotros. En este sentido, es hermoso lo que el profeta relata: el barro se echó

perder... volvió el alfarero y lo hizo una nueva vasija renovada y reluciente.

Nosotros somos el barro

En el mensaje de Jeremías el barro representaba al pueblo de Dios en y alrededor de la ciudad en la que se adoraba a Jehová y desde la que se anunciaba su grandeza y su bondad. Hoy el mensaje de Jeremías continúa extendido y actualizado para todo su pueblo. Dios sigue siendo el mismo y nosotros somos y seguimos siendo la extensión de su pueblo.

En ese sentido, nosotros tenemos la misión de seguir extendiendo este mensaje para que nuestras familias, colegas y vecinos sean bendecidos con la obra de Sus manos. De este modo el mundo verá la bendición y glorificará a nuestro Dios. Entreguémonos en las manos del alfarero perfecto, en el Dios creador y creativo que puede hacer posible lo que a nosotros nos parece imposible. Depositemos toda nuestra confianza en el Dios que puede restaurarnos, sanar nuestras heridas, levantarnos de nuestro aletargamiento espiritual y de nuestra resistencia a comprometernos con su reino.

Dios, como el alfarero por excelencia, ha pensado en forjarnos para ser siervos útiles tan apasionados en lo que hacemos. Dios nos levanta, nos perdona, aclara nuestras faltas en nuestra conciencia y como el alfarero va echando agua delicadamente sobre el barro; así las grietas van desapareciendo de nuestras vidas, y El derrama pacientemente su poder y va

afinando la obra que ha comenzado porque Dios quiere hacer de nosotros y nosotras una vasija de barro hermosa y apreciable a fin de ser utilizada para bendición bajo la voluntad de Dios y para el engrandecimiento de su reino.

La buena noticia es que es posible ser restaurados, y que nuestro espacio sea reconstruido para el servicio. Dios, como el perfecto alfarero, no ha dejado de prestarnos atención, por ello nos somete a pruebas, tras de las cuales viene la restauración. Esta es toda una experiencia maravillosa, que en humildad, en sometimiento total a Dios da como resultado una nueva etapa en nuestras vidas. Dios no se detendrá, porque nosotros somos obra de sus manos, su especial tesoro. ■■■

Dios entrando a nuestra historia

Lucas 2

Y dio a luz a su primogénito y lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

Lucas 2:1-7

Qué tiempo de espera, parece muy largo, entremezclado de angustia y alegría. Más aún si llegado el día del parto no se encontraba un lugar donde dar a luz al niño tan esperado porque todos los hospedajes del pueblo estaban ocupados. Debe haber sido frustrante, doloroso y a la vez emocionalmente desconcertante para María y José. Me imagino a ambos insistiendo o luchado para darle un lugar especial al Salvador, al Rey de reyes que pronto nacería. Sin embargo, ellos se hospedaron en un pesebre signo de humildad y sencillez.

Es allí, en aquel lugar sencillo, donde comienza a transformarse la tristeza en gozo, en medio de los preparativos del alumbramiento. Que experiencia tan significativa, que privilegio para María. Dar a luz nada más ni nada menos que al Rey de reyes. ¿Algo le habría contado su

prima Elizabeth, del alumbramiento de su sobrino Juan?, posiblemente. Y puedo imaginar a María compartiendo con José todos sus sentimientos previos al alumbramiento. La ternura y la obediencia de ambos harían de este nacimiento un acontecimiento que siempre la historia recordaría.

Ella y José sabían, por adelantado, que esperaban un varón del linaje de David. Por más de ocho meses, no solo esperaban a su primogénito sino era el nacimiento más esperado del pueblo de Dios. María, como en todo alumbramiento, siente la fuerza de sus emociones y a la vez la alegría de la experiencia de ser madre; por ello, no cesaba de dar gracias a su Señor. El sueño de toda mujer judía era ser la madre del Mesías, y esto se había hecho realidad en su vida. Jesús llegaba en el marco del más grande proyecto de Dios para la humanidad.

Pastores, magos, ángeles van pasando por la casa donde estaba el establo en el que María dio a luz al niño. Diversas actitudes, podemos vislumbrar: de misericordia por el lugar en el que ha nacido el niño, de preocupación, preguntándose, ¿será este un hijo de David, pero por qué en un pesebre?. El anuncio profético empezaba a confirmarse: Ha nacido un salvador, como lo había prometido el Señor. Una virgen dará a luz un hijo, que será Emmanuel, Dios con nosotros.

Para algunos, este era un cuadro paradójico, porque no esperaban que el Rey de reyes naciera en estas condiciones. La historia

nos dice que no hubo lugar para ellos en el Mesón. María y José tuvieron que experimentar lo que se estaba revelando, a través de ellos. Pero, es hermoso leer la escena del nacimiento de Jesús en otra clave teológica: Dios se estaba despojando de su gloria; su humillación hasta lo sumo había comenzado y la expresión de su amor era posible apreciar en toda su dimensión.

Por eso, cada época navideña es una ocasión especial para recordar el amor de Dios. Que ese amor siga sobreabundando en nosotros cada día. Que nuestra felicidad descansa en el hecho de haber encontrado, después de un largo viaje o tal vez de un trecho cercano, en los campos de Belén, en aquel humilde establo, al Dios que ha entrado en nuestra historia, en la historia de nuestras familias, de nuestras comunidades y de nuestras propias vidas. ■■■